

CUERPO Y GOCE EN LA EXPERIENCIA ANALÍTICA

Marga Tandeciarz

Para hablar del cuerpo y del goce en la experiencia analítica partiré de la clínica freudiana, la inicial, la de su descubrimiento, en la estructura de las neurosis, esencialmente la del desciframiento de los síntomas histéricos. Freud nos muestra allí que el inconsciente no existe sin su incidencia sobre el cuerpo, partiendo del carácter traumático de la sexualidad. Al decir de Lacan el síntoma que la histérica nos ofrece, es un modo de presentar al analista lo real de un goce y es allí donde ella encarna la verdad del síntoma y del goce en su propio cuerpo a través de su padecimiento, goce ignorado que pide una tramitación.

Si el análisis de la neurosis tiene un sentido, es porque el deseo es aquello que hace que el sujeto se arraigue a un destino singular, destino que exige que la deuda sea pagada. El camino de acceso al deseo hay que pagarlo con algo que se llama goce. Lacan nos decía que la única cosa de la cual el neurótico puede ser culpable es de haber cedido en su deseo, y para no ceder hay que pagar el precio. Si el precio a pagar es la renuncia al goce, es en la medida en que el deseo está definido como la metonimia de nuestro ser.

La ética del psicoanálisis, la que nos permite progresar en la dirección de la cura, se articula a partir de la ubicación del sujeto en relación a lo real, lo real que se opone al término ficción. Es esta oposición entre ficción y real aquella que debemos tramitar en la experiencia psicoanalítica de las neurosis. Es así que el deseo de analista deberá ubicarse entre el goce solitario del síntoma y las ficciones del deseo en la estructura del fantasma, respuesta del sujeto al deseo del Otro.

¿De dónde parte ese deseo del Otro? parte de la escena traumática, escena en la cual el cuerpo es percibido como separado del goce, es allí donde se encarna la función

del Otro simbólico. Para el neurótico el deseo no puede sostenerse más que por la vía de la demanda y la suerte de las neurosis se juega entre el campo del yo, donde el cuerpo es percibido bajo la forma de una imagen, y el yo se ordena especularmente y la del deseo en tanto se articula por relación al objeto “a”. Este objeto es el que plantea todos los problemas de las identificaciones imaginarias, aquellas que debemos atravesar en la lógica del fantasma. No hay deseo en el fantasma sin el soporte del cuerpo como imagen especular. En las neurosis el goce está excluido, el Otro es el lugar donde ello se sabe en la medida que el Otro es un lugar limpio de Goce y el objeto “a” es efecto de la caída, en la articulación del sujeto con el campo del Otro.

En el juego del significante es al goce a quien se apunta. Cuando decimos que el goce está excluido es porque el significante fálico, es el significante del goce excluido, y es desde allí donde se ordenan las biografías de las neurosis, es decir las relaciones primordiales de la biografía infantil. Se ordenan en esta articulación: El saber, el goce y el objeto “a”, el modo en que estos términos han sido ofrecidos efectivamente al sujeto.

La Repetición en la economía de goce

En la dirección de la cura de las neurosis nos encontramos con lo siguiente, cuando apuntamos a la rememoración encontramos la repetición bajo transferencia. Desde Más allá del principio del placer, la pulsión de muerte no es un irreductible, no es un inefable último, sino que es un concepto. Es el concepto central en la compulsión de repetición, que construye en el neurótico su camino, en la medida en que vuelve siempre a ese lugar que quedó inconcluso en su experiencia individual o en su historia generacional. El neurótico recuerda siempre un fracaso en la medida que fue doloroso, fracaso que una y otra vez intenta repetir. Lacan sitúa el goce en la pulsión de muerte, un goce nocivo donde la ley de la prohibición al incesto, aquella que funda el deseo, es la que le hace obstáculo. El cuerpo sufre en su padecimiento un gasto de goce, por el hecho de estar capturado por el significante y el rasgo unario es aquella marca donde el significante en la repetición da lugar a una experiencia de goce. Lo que subsiste de

goce en el movimiento de la repetición es lo que está en juego en la pulsión. Este goce redistribuido fuera del cuerpo por la marca del significante se opera a través de la demanda al Otro y del Otro donde el goce se localizará en los bordes de los orificios del cuerpo ligados al objeto, aquello que Lacan llamó, la clínica bajo transferencia.

La Transferencia, nudo central de la experiencia psicoanalítica

La transferencia es fuente de ficción. La pregunta es: ¿Cuál es la naturaleza de esa ficción? Es estar en esa posición falsa de ser el Sujeto. Supuesto. Saber, lo que sabe muy bien que él no es. Es por este saber de ubicar ahí esa ficción que la transferencia funciona y que produce efectos sobre los cuales el analista tiene que intervenir, rectificándolos en nombre de la verdad. Pero también para poder responder a esta interrogación, debemos abordar el registro del objeto “a”, en la medida que el analista “sabe que es el deseo”, pero no sabe que es lo que desea ese sujeto que está embarcado en la aventura analítica. El analista está en posición de ocupar el lugar de envoltura del objeto “a” a partir de lo cual se produce el amor de transferencia como metáfora, es decir la sustitución del objeto de amor por el sujeto de la falta, en el inicio mismo de la cura. ¿Cuál es su responsabilidad en la transferencia? Podríamos decir que en principio no colocar, ni por un instante su propio objeto “a”, el de su fantasma en el analizante, y cuidarse bien de los abusos de su ambición terapéutica. Es entonces, en ese lugar donde deberá ausentarse de todo ideal.

Si al analista se le supone saber, se le supone salir al encuentro del deseo inconciente, teniendo en cuenta que el sujeto del inconciente rechaza el saber, en tanto ese saber concierne al sexo, y es aquí donde se instituye la relación más estrecha del sujeto del inconciente con el mundo del fantasma. Para abordarlo es necesario tener en cuenta la migración de la libido sobre las zonas erógenas, es decir la relación entre la demanda, el deseo y el goce en su articulación al objeto “a”

Demanda al Otro. Demanda oral

Es la confrontación de dos demandas, la de ser alimentado que evoca una respuesta invertida la de dejarse alimentar, que responde a través de la estructura significativa en el lugar del Otro, en esa confrontación yace una hendidura, donde se insinúa el fracaso de ese encuentro. El hueco que se esboza a partir del grito de hambre pasa a articularse en el objeto seno, específicamente, el pezón, objeto “a”, donde el erotismo toma valor agalmático, y se perpetúa una voracidad sublimada. Aquí se presenta el “fantasma del canibalismo”. Es del cuerpo del Otro, que se nutre, lo que se llama relación sexual. La libido sexual es un excedente que torna vana toda satisfacción, es así que, para preservar la función del deseo, la anorexia, dirá: tu eres el deseo, tu lo matas. La figura fantasmática de la mantis religiosa toma aquí todo su valor. Es el goce correlativo a la decapitación del partenaire. El valor que toma esta imagen está más allá de un goce virtual. El órgano de la copulación es perdido en ese momento. Es la transición del hambre al erotismo por la vía de una preferencia. Se constituye aquí el sadismo oral, como asimilación, donde el sujeto viene a colocarse sobre el menú a la carta del caníbal.

Demanda del Otro. Demanda anal

Demanda de retener fundada en el deseo de expulsar. El excedente sexual se produce en el movimiento de retorno a la necesidad, donde el Otro lo legitima como un “don”. Aquí se construye el fantasma de la oblatividad “todo para el otro”, donde el sujeto se va literalmente por el inodoro: “fantasma de vaciamiento”. Es de la violencia sádica de lo que se trata en este vértigo perpetuo de la destrucción del Otro. Hay un sufrimiento particular en este fantasma sadomasoquista, es la amenaza de un ataque suspendido, de un ataque virtual, sobre el cual se funda la teoría sádica de la sexualidad. ¿Qué podemos ver aquí? Explosiones que nos hacen entrever la función simbólica de la tira excrementicia en la articulación misma de la palabra.

Fantasmas que arriban al punto de la identificación del sujeto al objeto “a”

Para abordar, entonces, la articulación entre el cuerpo y el goce en la experiencia analítica es necesario que el analista en la dirección de la cura, al desanudar el síntoma como nudo de goce, de lugar al atravesamiento de las identificaciones imaginarias sostenidas en el objeto del fantasma, en tanto que sólo el objeto “a” puede fijar en un punto privilegiado una economía regulada por el nivel del goce, donde sólo el placer pone un límite.